

Presentación del Catecismo de la Iglesia Católica

9 de diciembre de 1992

Cardenal Joseph Ratzinger

EL Catecismo de la Iglesia Católica en su edición francesa ya fue presentado al público en París, el pasado 16 de noviembre. El día 7 de diciembre, el Santo Padre lo entregó formalmente a la cristiandad. Mientras tanto, se han preparado ya las traducciones italiana y española; otras traducciones seguirán dentro de poco tiempo. El texto latino oficial aparecerá más tarde: así podrá también tener en cuenta cuanto la experiencia de esas traducciones ha mostrado o podrá en adelante sugerir. Desde hace tiempo, este libro es objeto de discusiones públicas, al haberse dado a conocer, en su totalidad o en parte, diversas fases de su redacción. Lo que entonces se podía leer del Catecismo era, por lo general, seleccionado bastante unilateralmente. Así, podía dar la impresión de que se trataba propiamente de una lista de pecados y de que la Iglesia quería ante todo decir al hombre lo que no puede hacer. A pesar de eso, la curiosidad, más aún, la pasión con que este libro ha sido objeto de debate mucho tiempo antes de su publicación y más allá del ámbito de los cristianos católicos, es un fenómeno de gran relieve. En efecto, incluso donde los comentarios fueron menos positivos, se advertía que la gente se sentía en cierto modo afectada por este libro, por sus interrogantes y por sus respuestas. Ha resultado evidente que el problema de qué es lo que nosotros como seres humanos debemos hacer, de cómo deberíamos plantear la vida para que nosotros mismos y el mundo seamos como debemos ser, es el problema esencial de nuestro tiempo y, en el fondo, de todos los tiempos.

Después de la caída de las ideologías, el problema del hombre, el problema moral, se plantea hoy de un modo totalmente nuevo: ¿Qué debemos hacer? ¿Qué hay que hacer para que la vida sea como debe ser?

¿Qué puede darnos a nosotros, y al mundo en su conjunto, un futuro digno de vivirse? Puesto que el catecismo trata de estos interrogantes, es un libro que interesa a todos, mucho más allá del ámbito estrictamente teológico o eclesial. Y, sobre todo, puede despertar interés porque no reproduce una opinión privada cualquiera, que algún individuo se ha inventado, sino que formula la respuesta que proviene de la gran experiencia comunitaria de la Iglesia de todos los siglos. Ahora bien, esta experiencia, a su vez, se remite a un evento cognoscitivo, que tiene sus raíces más allá de lo que es simplemente humano, y transmite una revelación divina, es decir, lo que pudieron ver y oír personas que estuvieron en contacto con Dios mismo.

De lo que hemos dicho hasta aquí puede nacer la pregunta: entonces, el catecismo ¿es un libro de moral? Y la respuesta reza así: ciertamente lo es, pero es algo más. Trata del ser humano, pero con la convicción de que la pregunta sobre el hombre no puede separarse de la pregunta sobre Dios. No se habla de modo correcto sobre el hombre si no se habla también de Dios. Pero de Dios sólo podemos hablar correctamente si él mismo nos dice quién es. Por eso, las directrices morales que ofrece el catecismo no se deben separar de lo que dice sobre Dios y sobre la historia de Dios con nosotros. El catecismo debe leerse como una unidad. Se leerían de modo incorrecto las páginas sobre la moral si se separasen de su contexto, es decir, de la profesión de la fe, de la doctrina acerca de los sacramentos y la oración. En efecto, la afirmación fundamental sobre el hombre en el catecismo reza así: el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Todo lo que se dice acerca de la conducta recta del hombre se funda en esta perspectiva central. En ella se fundan los derechos humanos, que son propios de la persona humana, desde su concepción hasta el último instante de su existencia. No hay necesidad de que nadie se los otorgue, de la misma forma que nadie se los puede arrebatar. Él los tiene por sí mismo. En su semejanza con Dios se funda por tanto, también la dignidad humana, que permanece intocable en todo hombre, precisamente por ser hombre. Por último, en ella se halla incluida también la unidad y la igualdad de todos los seres humanos: todos los seres humanos son criaturas del único Dios y, por ello, todos gozan de igual dignidad, todos están unidos recíprocamente con un vínculo fraterno, todos son responsables unos de otros y están llamados a amar al prójimo, sea quien sea.

La pregunta sobre el hombre y sobre Dios en la visión del catecismo están inseparablemente unidas. Por consiguiente, todo lo que se dice sobre nuestra conducta moral puede decirse sólo partiendo de lo dicho sobre Dios, de lo dicho sobre aquel Dios que se ha revelado a sí mismo en Jesucristo. Así resulta evidente también que, en esta concepción de la moral, no se trata de un cúmulo de prohibiciones, de una lista de pecados. Se trata siempre de la pregunta: ¿cómo puedo hacer para que mi existencia humana sea como debe ser? ¿Cómo puedo ser feliz en la vida? El Catecismo toma aquí claramente

es muy simple. En el camino atormentado de su vida se encontraba siempre con la misma pregunta: ¿cómo puedo ser feliz? Esto nos lo preguntamos todos; el anhelo de felicidad es parte integral de nuestra naturaleza. El Catecismo nos dice, partiendo de la fe de la Iglesia, que la felicidad se puede alcanzar solamente en unión con los demás, en la responsabilidad por toda la humanidad. Ahora bien, la comunión de los hombres entre sí y la responsabilidad de unos por otros sólo se dan, en definitiva, en la comunión con Dios y en la responsabilidad ante Dios. La moral, en este sentido, es una enseñanza sobre lo que es la felicidad y cómo podemos encontrarla. Desde luego, no se trata de una felicidad egoísta, que es una felicidad aparente, sino de la felicidad verdadera. Por lo demás, es muy simple también la respuesta esencial que, con la Biblia, con la fe de la Iglesia, da el catecismo a su vez: la felicidad del hombre es el amor. En este sentido, la moral del catecismo es la enseñanza acerca de lo que es el amor. A este propósito, nos dice que la esencia del verdadero amor se ha hecho visible en la persona de Jesucristo, en su palabra, en su vida y en su muerte. Nos dice también que los diez mandamientos son sólo una exposición de los caminos del amor, y que sólo leeremos correctamente si lo hacemos junto con Jesucristo. En este sentido todos los contenidos esenciales de la profesión de la fe se vuelven a encontrar en la parte moral y allí se convierten en praxis. En efecto, la moral del catecismo tiene su punto de partida en lo que el Creador ha puesto en el corazón de cada uno: el anhelo de felicidad y de amor. Aquí se hace visible también lo que significa semejanza con Dios: el ser humano es semejante a Dios por el hecho de que puede amar y es capaz de la verdad. El comportamiento moral es por tanto, en el más profundo sentido de la palabra, un comportamiento a la medida de la creación. Si la tradición moral católica y, siguiéndola, también el Catecismo, hablan de la naturaleza del ser humano, de la ley natural y del comportamiento según la naturaleza, no pretenden con eso un presunto biologismo, sino el comportamiento a partir de lo que el Creador ha puesto en nuestro ser. Por consiguiente, el centro de toda moral es el amor y, siguiendo siempre esa orientación, nos encontramos inevitablemente con Cristo, el amor de Dios que se hizo hombre.

Me he detenido tan ampliamente en la visión del problema moral como lo presenta el Catecismo, no para aislar de nuevo la moral, sino, al contrario, para suscitar vuestro interés por el catecismo en su conjunto, y también por lo que no corresponde inmediatamente a una curiosidad del presente. Permitidme añadir ahora algunas breves consideraciones sobre las otras partes y sobre algunas particularidades de la estructura del catecismo. La primera parte, como ha hecho desde los tiempos más antiguos la catequesis bautismal, sigue la profesión de fe, es decir, el así llamado Símbolo Apostólico. Este Símbolo en los primeros siglos fue la confesión bautismal de la Iglesia en Roma, y desde Roma pasó así a toda la cristiandad occidental; pero coincide perfectamente, en su estructura esencial y en sus afirmaciones, con los símbolos bautismales orientales. El hecho de que lo

hayamos escogido como hilo conductor para el catecismo no puede, por tanto, considerarse una preferencia unilateral por la tradición occidental

Una tradición que se remonta hasta el siglo IV subdivide el Símbolo en doce artículos, partiendo del número doce de los Apóstoles. Esta subdivisión tiene, ciertamente, un sentido válido, pero la estructura originaria es más simple: en cuanto confesión bautismal, el Símbolo apostólico, al igual que la fórmula bautismal, es también, de forma muy simple, una confesión de fe en el Dios uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta estructura triple, común a todas las confesiones bautismales, es la que hemos seguido. Así aparece bien la jerarquía de las verdades: la fe cristiana es, en el fondo, simplemente fe en Dios; todo el resto es desarrollo. Nuestra fe no es una teoría, sino un evento, un encuentro con el Dios vivo, que es nuestro Padre, que en su Hijo Jesucristo asumió la naturaleza humana, en el Espíritu Santo nos une, y en todo esto permanece Uno, un único Dios. Gracias al vínculo que une la enseñanza de la fe con la confesión bautismal, resulta claro también que la catequesis no es una simple comunicación de una teoría religiosa, sino que quiere poner en movimiento un proceso vital: el ingreso en el bautismo, en la comunión con Dios.

De este modo se pasa con toda naturalidad de la primera a la segunda parte, en la que se presentan los siete sacramentos. Los sacramentos son la Iglesia en su realización. Toda la historia de las religiones conoce signos sagrados. El ser humano sólo puede entrar en contacto con lo eterno a través de lo sensible, pero las cosas de este mundo han sido creadas, también internamente, para servir como mediación para el contacto con Dios. De este modo, los signos de la creación y el mundo simbólico preparado por las religiones pudieron ser asumidos por la fe, convirtiéndose así según el mandato de Cristo en signos de la redención. Precisamente por esto siempre hemos tratado de presentar los sacramentos a partir de su forma Litúrgica. Por ello, esta segunda parte representa también una introducción a la Liturgia de la Iglesia. Nuestra dificultad consistía en que, en un libro destinado a toda la Iglesia, no podíamos partir de un rito determinado, por ejemplo el latino. La aplicación a los diversos ritos debe hacerse en la catequesis. Nos hemos preocupado por poner de relieve la estructura fundamental común a los diversos ritos. Esa labor no fue siempre muy fácil, pero resultó una tarea fascinante; se puede ahora ver cómo, dentro de la gran diversidad de las formas litúrgicas, siguen siendo comunes los símbolos fundamentales y así manifiestan claramente la voluntad del mismo Cristo.

La cuarta parte, sobre la oración, resume en cierto modo las partes anteriores: la oración es fe aplicada. Está unida de modo inseparable con el mundo sacramental: los sacramentos presuponen la oración personal y, a su vez, sólo ellos dan a la oración personal su orientación sólida, en cuanto que la insertan en la oración común de la Iglesia y, por consiguiente, en el diálogo

de Cristo con el Padre. Pero también la oración y la moral son inseparables: sólo a partir de la conversión a Dios se abren los caminos de una auténtica realización humana. De la oración recibimos en todo momento las correcciones necesarias; gracias a la reconciliación con Dios resulta posible la reconciliación entre nosotros. El catecismo, por lo demás, en la línea de las grandes tradiciones catequéticas, da a la parte sobre la oración, que en sustancia es un comentario al Padrenuestro, también otro significado: la oración es expresión de nuestra esperanza. El hecho de que oremos, es decir, el hecho de que tengamos necesidad de pedir, revela que nuestra vida y el mundo son imperfectos, y precisan de una ayuda de lo alto. El hecho de que se nos permita y seamos capaces de orar, muestra que hemos recibido el don de una esperanza, que encontramos resumida en la invocación: ¡Venga Tu reino! Cuando decimos estas palabras, oramos por el mundo actual, pero oramos también, al mismo tiempo, por la vida eterna, por el mundo nuevo. Y, así, en las cuatro partes del catecismo se manifiesta la integración recíproca de la fe, la esperanza y la caridad. Desde el momento en que creemos, se nos concede esperar. Y puesto que creemos y esperamos, podemos amar.

Para concluir, dos aclaraciones técnicas para la lectura del libro. Las anotaciones de tipo histórico y las exposiciones doctrinales complementarias han sido impresas en letra pequeña y pueden pasarlas por alto los lectores menos interesados en ellas. También hemos reproducido en letra pequeña un gran número de textos breves y densos, tomados de los Santos Padres, de la liturgia, del Magisterio y de la historia de la Iglesia, que deberían ilustrar algo de la riqueza de la fe y de su belleza. Al respecto hemos tratado de presentar un testimonio equilibrado de oriente y occidente, para que aparezca claro el carácter realmente católico del catecismo; y también hemos procurado insertar palabras de mujeres santas. El carácter catequético del libro se manifiesta de forma muy evidente en los resúmenes, que se encuentran al final de cada unidad temática. El catecismo mismo explica, al respecto, que su finalidad consiste en ofrecer sugerencias a la catequesis local para fórmulas sintéticas y fáciles de memorizar (n. 22).

Naturalmente, habría aún mucho que decir, por ejemplo, sobre el carácter ecuménico del libro, su relación con los catecismos locales, el trabajo catequético concreto, y otros puntos. Pero todo eso se debe dejar a una reflexión ulterior sobre el Catecismo y, por otra parte, ya se han dicho muchas cosas que contribuyen a aclarar esos aspectos. Mi exposición quería ser sólo una invitación a la lectura y ofrecer una ayuda para encontrar la puerta de ingreso a esta lectura. Como conclusión, quisiera leer las palabras que recoge el catecismo al final de su Prólogo, tomadas del Prólogo del Catecismo de Trento: «Toda la sustancia de la doctrina y de la enseñanza debe orientarse a la caridad, que no acabará nunca. En efecto, sea que se expongan las verdades de la fe, los motivos de la esperanza o los deberes de la actividad

moral, siempre y en todo se debe poner de relieve el amor de nuestro Señor, para dar a entender que todo ejercicio de perfecta virtud cristiana no puede brotar más que del amor, como en el amor encuentra, por lo demás, su fin último» (n. 25, *Catecismo Romano*, Proemium 10).

CARD. JOSEPH RATZINGER

Prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe desde 1980. Autor de numerosas obras, publicadas en diversas lenguas. Presidente de la Comisión para la preparación del *Catecismo de la Iglesia Católica*.